



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A BRASIL

CONSAGRACIÓN DEL PUEBLO BRASILEÑO A SU PATRONA

ORACIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II EN LA BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA APARECIDA

Aparecida, Brasil

Viernes 4 de julio de 1980

¡Nuestra Señora Aparecida!

1. En este momento tan solemne, tan excepcional, quiero abrir ante Vos, oh Madre, el corazón de este pueblo, en medio del cual quisisteis morar de un modo tan especial —como en medio de otras naciones y pueblos— así como en medio de aquella nación de 1a que yo soy hijo. Deseo abrir ante Vos el corazón de la Iglesia y el corazón del mundo al que esa Iglesia fue enviada por vuestro Hijo. Deseo abriros también mi corazón.

¡Nuestra Señora Aparecida! ¡Mujer *revelada* por Dios, que habríais de aplastar la cabeza de la serpiente (cf. *Gén* 3, 15) en vuestra Concepción Inmaculada! ¡*Elegida* desde toda la eternidad para ser Madre del Verbo Eterno, el cual, por la Anunciación del ángel, fue concebido en vuestro seno virginal como Hijo del hombre y verdadero hombre!

¡Unida más estrechamente al misterio de la Redención del hombre y del mundo al pie de la cruz, en el calvario!

¡Dada como Madre a todos los hombres, sobre el calvario, en la persona de Juan, Apóstol y Evangelista!

¡Dada como Madre a toda la Iglesia, desde la comunidad que se preparaba a la venida del

Espíritu Santo, la comunidad de todos los que peregrinan sobre la tierra, en el transcurso de la historia de los pueblos y naciones, de los países y continentes, de las épocas y de las generaciones!...

¡María! ¡Yo os saludo y os digo “Ave” en este santuario donde la Iglesia de Brasil os ama, os venera y os invoca como Aparecida, como revelada y dada particularmente a él! ¡Como su Madre y su Patrona! ¡Como Medianera y Abogada junto al Hijo de quienes sois Madre! ¡Como modelo de todas las almas poseedoras de la verdadera sabiduría y, al mismo tiempo, de la sencillez del niño y de esa entrañable confianza que supera toda debilidad y sufrimiento!

Quiero confiaros de modo especial a *este pueblo y esta Iglesia*, todo este Brasil, grande y hospitalario, todos estos vuestros hijos e hijas, con todos sus problemas y angustias, trabajos y alegrías. Quiero nacerlo como Sucesor de Pedro y Pastor de la Iglesia universal, entrando en esa *herencia* de veneración y amor, de dedicación confianza que, desde hace siglos, forma parte de la Iglesia de Brasil y de cuantos la componen, sin mirar las diferencias de origen, raza o posición social y en cualquier parte que habiten de este inmenso país. Todos ellos, en este momento, mirando hacia Fortaleza, se interrogan: ¿a dónde vais?

¡Oh Madre! ¡Haced que la Iglesia sea para este pueblo brasileño *sacramento de salvación y signo de la unidad* de todos los hombres, hermanos y hermanas de adopción de vuestro Hijo, e hijos del Padre celestial!

¡Oh Madre! Haced que esta Iglesia, a ejemplo de Cristo, sirviendo constantemente *al hombre*, sea la *defensora* de todos, en especial de los pobres y necesitados, de los socialmente marginados y desheredados. Haced que *la* Iglesia de Brasil esté siempre al servicio de la *justicia* entre los hombres y contribuya al mismo tiempo al *bien común* de todos y a la *paz social*.

¡Oh Madre! Abrid los corazones de los hombres y haced que todos comprendan que solamente en el espíritu del Evangelio y siguiendo el mandamiento del amor y las bienaventuranzas del sermón de la montaña, será posible construir un mundo más humano, en el que sea valorizada verdaderamente la dignidad de todos los hombres.

¡Oh Madre! Dad a la Iglesia, que en esta tierra brasileña realizó en el pasado una gran obra de evangelización y cuya historia es rica de experiencias, que realice sus tareas de hoy con nuevo celo y amor por la misión recibida de Cristo.

Concededle, a este fin, *numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas*, para que todo el Pueblo de Dios pueda beneficiarse del ministerio de los dispensadores de la Eucaristía y de las que dan testimonio del Evangelio.

¡Oh Madre! ¡Acoged en vuestro corazón a todas las familias brasileñas! ¡Acoged a los adultos y a

los ancianos, a los jóvenes y a los niños! ¡Acoged también a los enfermos y a quienes viven en soledad! ¡Acoged a los trabajadores del campo y de la industria, a los intelectuales en las escuelas y universidades, a los funcionarios de todas las instituciones! *Protegedles a todos.*

¡No dejéis, oh Virgen Aparecida, por vuestra misma presencia, de manifestar en esta tierra que el amor es más fuerte que la muerte, más poderoso que el pecado!

No dejéis de mostrarnos a Dios, que amó tanto al mundo hasta el punto de entregarle su Hijo Unigénito, para que ninguno de nosotros perezca, sino que tenga la vida eterna (cf. *Jn 3, 16*).
Amén.